

# Una historia vulgar

---

Clemente Palma





<https://cuentosinfantiles.top>

Un joven médico francés me refirió una historia trágica de amor, que se quedó vivamente grabada en mi memoria y que hoy refiero casi en los mismos términos en que la escuché.

Hela aquí:

Ernesto Rousselet era un muchacho que intimó conmigo en virtud de no sé qué misteriosas afinidades. Era lorenés y de una familia protestante. Fui el único amigo a quien amó y con quien tuvo verdadera intimidad. Era, sin embargo, de una educación, de un carácter y de un modo de pensar muy distintos a los míos; más aún, completamente opuestos. Ernesto era un puritano: por nada del mundo dejaba de ir los viernes a los oficios y los domingos a oír la lectura de la Biblia en una capilla luterana. A veces le acompañaba yo, y, a pesar de mi espíritu burlón, no podía menos de respetar la honradota fe de mi buen amigo. Ernesto era serio, incapaz de una deslealtad, y su alma noble de niño grande se transparentaba en todos sus actos y brillaba en la mirada de sus grandes ojos azules, en sus francos apretones de mano, y en la dulzura y

firmeza de su voz. Nada de esto quiere decir que Ernesto fuera bicho y meticoloso, ni que se asustara con las truhanadas propias de los mozos, ni que fuera un mal compañero de diversiones. Cierta es que a muchas asistía sólo por complacerme. Uno de los grandes placeres de Ernesto era hacer conmigo excursiones en bicicleta, de la que era rabioso aficionado.

Por más que me esforcé en convencer a Ernesto de que el hombre era ingénitamente perverso y de que la mujer, cuando no era mala por instinto, lo era por *dilettantismo*, no lo conseguí. El buen Ernesto no creía en el mal; decía que los hombres y las mujeres eran inmejorables, y que la maldad se revelaba en ellos como una forma pasajera, como una condición fugaz, como una crisis efímera, debida a una organización social deficiente; como una ráfaga que pasaba por el alma humana sin dejar huellas; la maldad era, según él, un *estado* anormal como la borrachera o la enfermedad.

Nada más curioso que las discusiones que teníamos, ya en mi cuarto, ya en el suyo; él, queriendo empapar mi alma en su

condescendiente optimismo; yo, tratando de atraerle a mi humorismo, o mejor dicho, a mi pesimismo complaciente también. La conclusión era que nos convencíamos de la ineficacia de los esfuerzos de nuestra dialéctica, y que encima de nuestras divergencias brillaba más que nunca la luz pura de nuestra amistad.

Jamás se permitió Ernesto el lujo de tener una querida. Pensaba que ello era vincular demasiado a una mujer con nosotros por medio de lazos inicuos, y una vez dentro del laberinto impuro, ya no había más puerta de salida que la infamia del abandono. No se cansaba de censurarme que yo tuviera una amiga.

—Eres un loco —me decía—, en amar *así* con tanta prodigalidad. Llegarás a viejo con el alma brumosa y el cerebro y los nervios agotados; llegarás a viejo sin conocer amor puro, el verdadero amor con sus delectaciones espirituales, más duraderas, más hondas y más nobles que el amor epidérmico de que hablaba Chamfort. Conocer mucho a la mujer en ese aspecto es aprender a despreciarla.

—Conocer el alma de la mujer —le respondía yo— es despreciarla más aún. Pero ¿crees tú, Ernesto, que una amiga es sólo un animal de lujo, una muñeca con la que se simula el amor? He ahí tu error. Quizá lo que menos huella hace en un hombre, es lo que tú consideras como principal fin de este género de relaciones. El verdadero goce es el mero convencimiento de la posesión absoluta de una mujer; es saber que somos amados y deseados; es sentir, mientras estudiamos (Ernesto y yo éramos entonces estudiantes de medicina), el pasito menudo de una mujer joven y hermosa, que voltejea en torno de nuestra mesa de trabajo; es la satisfacción que sentiría un cazador de raza al dormitar con las manos metidas dentro de las lanas de su perro; es un placer psíquico, aquel de sentir, en medio de una disertación sobre un cistosarcoma o una mielitis, que unos brazos sedosos enlazan nuestro cuello, y una boca, sabia en amor, nos besa en los labios; es reñir y hasta injuriar a una mujer o sufrir sus genialidades y sus nervios, y satisfacer sus caprichos y exigencias; y más que todo eso, es tener la conciencia de que todo ello lo

soportamos porque nos da la gana, y en cualquier momento que se nos antoje podemos poner a esa mujer de patitas en la calle. Todo esto y mucho más es el goce que nos proporciona la querida, y que tú no conoces, Ernesto. Crees que esto es el amor incompleto y deformado, porque no tiene la inefable ternura, la fe, el respeto mutuo, el cariño espiritual... Convengo en algo de lo que me dices, por más que esos elementos inmateriales del amor a la *amada*, no sean completamente ajenos al amor por la *querida*. Pero a mi vez te pregunto yo: ¿ese cariño que tú preconizas es completo, careciendo de aquello que censuras? Indudablemente que no. Y entre dos amores incompletos, prefiero aquel en que lo que falta es el *ensueño* a aquel en que lo que falta es la *realidad*.

—Es que casándote después de haber amado con el corazón, obtienes el complemento perfecto, salvándote de las infamias de la inmoralidad y de los inconvenientes del vicio.

—Te agradezco, Ernesto, el buen deseo, pero pienso no seguirlo en mucho tiempo. Opto por

mi sistema, que tiene los goces del amor y carece de los horrores de la vinculación legal.

A pesar de la intimidad que nos unía, jamás había querido Ernesto explayarse conmigo sobre sus relaciones con unas muchachas que vivían en la misma casa que él, en la calle Marbeuf. Probablemente temía que yo formulara algún juicio torcido o arriesgara alguna broma subida que le habría hecho sufrir. Una noche, un amigo le hizo al respecto no sé qué alusión, y Ernesto se ruborizó como una niña.

Estaba yo una tarde escribiendo a mi familia, mientras que mi arpista, una buena muchacha que me hacía compañía, ensayaba en la alcoba un trozo difícil de *Tristán e Isolda*, cuando entró Ernesto pálido y convulso. Me echó los brazos al cuello y se puso a llorar. Nunca he oído sollozos más angustiosos y que expresaran un dolor más agudo.

—¿Qué es eso, Ernesto, amigo mío?... ¿Qué tienes? ¿Cartas de Lorena?...

¿Alguna mala noticia sobre tus padres? —le pregunté consternado.



—No, no...

Hizo un poderoso esfuerzo para tranquilizarse y, cuando lo consiguió, me refirió en voz baja que a ratos se enronquecía, el motivo de su desesperación.

Hacía siete años que era amigo íntimo de dos muchachas llamadas Margot y Suzón Gerault, muchachas muy dignas que vivían con cierta comodidad, debido a una renta de 8.000 francos anuales que producía un inmueble rústico que tenía su padre. Éste era un buen señor que, desde que cegó, no quiso salir a la calle, y la vida sedentaria le había hecho engordar hasta la obesidad. Sus hijas le adoraban, y su esposa era una señora muy pequeñita y activa. Ernesto había ido a vivir al piso superior y todas las mañanas, al dirigirse al Liceo primero, y a la Facultad después, veía a las niñas alegres y cariñosas mirando al pobre enfermo. Al poco tiempo ya era amigo de la familia Gerault y pronto intimó. Posteriormente, iba Ernesto todas las noches a leerle el periódico al papá ciego. Cada vez quedaba Ernesto más hechizado de la sencillez de esa familia, de la sincera cordialidad con

que le trataban y de la ingenuidad e inocencia de Margot y Suzón. Ernesto no tenía hermanos y se encontró con que París le ofrecía un hogar, donde halló afectos que no tuvo en su fría Lorena.

Margot y Suzón le consultaban todo; a veces salían con él a hacer compras, y algunos domingos iban con él y varias amigas a jugar el *cricket* a una pradera en Neuilly. Margot era seria; Suzón alegre y bulliciosa, una locuela, *un ángel lleno de diablura*. Margot era una rubia reflexiva de carácter enérgico; tenía unos ojos verdes, misteriosos, de mirada dura que siempre parecían investigar la intención recóndita de cada frase escuchada.

Como Margot tenía un criterio frío y sereno, la consultaban sus padres para todo: era en realidad el ama de la casa. Suzón, no tan rubia, tenía dos años menos, y era alocada y precipitada en todo: tenía encantadoras vehemencias que le iluminaban la cara y le hacían brillar los ojos de cervatilla. A cada momento Suzón estaba haciendo jugarretas a Ernesto, y nada había más delicioso que sus carcajadas cristalinas.

Una noche, Ernesto se sintió enfermo; pero como estaba tan acostumbrado a ir al departamento de la familia Gerault a leer el periódico al anciano ciego, fue también esta vez. Estaba pálido y febril, pero procuraba ocultar su malestar. Margot le observaba atentamente y le dijo en voz baja a su hermana:

—Mira, Suzón, Ernesto está enfermo y, sin embargo, ha venido a leerle el periódico a papá...

Suzón se levantó, corrió donde estaba Ernesto, y dándole un sonoro beso en la frente le dijo con adorable vehemencia:

—¡Qué bueno eres, Ernesto!...

El pobre mozo desde este momento se sintió realmente enfermo, o, mejor dicho, comprendió que su dolencia física era insignificante al lado de la dolencia moral que desde hacía tiempo le aquejaba sin que él lo hubiera notado: el amor; estaba enamorado, no de Margot, cuyo carácter tenía más afinidades con el suyo, sino de Suzón, la vivaracha y revoltosa. Aquello de la fraternidad

que la unía con las hermanas Gerault, era una superchería que su pasión había inventado solapadamente para penetrar de un modo artero en su corazón, con el objeto de prevenir los reproches que le hubiera hecho su honradez. Sí, él amaba a Suzón, no como a hermana, sino como a amante, la adoraba como novia, la deseaba como mujer...

En los cinco días que duró su enfermedad, y en los que tuvo que guardar cama, la señora y las señoritas Gerault le cuidaron con cariño y asiduidad. Cuando se levantó, ya Suzón y él se habían confesado mutuamente su amor; él, con el respeto y tímida ternura de su alma honrada; ella, con la vehemencia de su carácter, con el fogoso apasionamiento con que lo hacía todo.

Suzón adoraba los niños; dos o tres chicuelos que vivían en uno de los pisos de la casa, la llevaban confites al regreso de la escuela, y Suzón les correspondía con sonoros besos en las mejillas, y llevándoles a su cuarto a jugar.

Suzón y Ernesto eran novios; se casarían cuando él se recibiera de médico. Por aquella época llegó a París una tía de Suzón que venía

de una ciudad de Auvernia. Era una señora que hablaba un *patois* incomprendible. Se alojó en casa de los Gerault con sus tres hijos: una niña de doce años, un mozalbete de quince y otro de trece. Estos huéspedes fueron una contrariedad para Ernesto, pues los tres muchachos no estaban sino adheridos a las faldas de su prima Suzón, cuyo carácter jovial y travieso les encantaba, y por tanto dejaban a los novios muy pocas ocasiones de hablar de su amor y de sus proyectos. Los tres muchachos eran algo pervertidos para su edad, pues, apenas veían que Suzón y Ernesto conversaban en voz baja, se hacían guiños maliciosos, por lo que éste les profesaba muy cordial antipatía.

Una noche, mientras Ernesto leía el periódico al ciego, oyó que las señoras y las niñas concertaban una visita al Louvre y al Luxemburgo; la provinciana quería conocer algunas de las maravillas de París para embobar allá, en su caserío de un rincón de Auvernia, al cura, al alcalde y al boticario. Ernesto oyó con gran gusto que su novia se quedaría con el ciego.

A las dos de la tarde del día siguiente bajó Ernesto para charlar un rato con Suzón. Ya habían salido la provinciana con la señora Gerault, Margot y la primita, y probablemente los dos muchachos. Ernesto entró a la sala: allí estaba el ciego dormitando en un diván. Ernesto no quiso despertarle y penetró en las habitaciones interiores. Llegó a la habitación de Suzón; supuso que ella estaría también recostada dormitando. Pensó volver más tarde en consideración a su sueño; pero ¡bah!, Suzón preferiría conversar. Empujó la puerta y entró... ¡Ojalá se hubiera caído muerto en el umbral! Regresó, pasó nuevamente cerca del ciego que dormía, bajó las escaleras y salió a la calle como si nada hubiera pasado. Sentía, sin embargo, que algo le hervía sordamente dentro de su ser, sentía como si algo se le hubiera muerto y podrido en un segundo. ¡Oh, puerilidades de la imaginación que evoca asociaciones a veces ridículas hasta en las situaciones más amargas! Ernesto recordaba persistentemente una ocasión en la que fue al gabinete de un dentista para que le hicieran una pequeña operación en la mandíbula inferior, en donde se le había producido una

exóstosis en la raíz de un diente. El cirujano le inyectó una buena dosis de cocaína que le anestesió completamente la región enferma. Ernesto sabía que el bisturí y la sierra le destrozaban los huesos y los músculos y, sin embargo, no sentía dolor alguno. Ese mismo fenómeno, pero en el orden moral, se realizaba en él. Sabía que todas sus ilusiones las había destrozado esa mujer, y no sentía el dolor. Y mientras Ernesto iba de la calle Marbeuf a mi casa, pensaba en banalidades, deteniéndose en las tiendas, observando a los ciclistas y atendiendo a los incidentes mil que se realizan en las calles, y que en otra ocasión le encontraban distraído. Al llegar a la puerta de mi casa, sintió como una bofetada en medio del corazón, y su alma, en una espantosa reacción de dolor, se dio cuenta completa del cataclismo de su amor.

Después de haber sollozado un rato en mis brazos y de haberse repuesto, me contó lo que acabo de referir. Su rostro pálido y noble tenía la expresión de una infinita tristeza.

Durante tres días durmió Ernesto en mi casa, y obligué a mi arpista a que no viniera por algún

tiempo. Ernesto tenía horror a su cuartito del tercer piso de la calle Marbeuf. Una noche me decía:

—¿Quién le leerá el periódico al pobre viejo?... Pero no, no quiero ir, porque siento que la amo y que la perdonaría a pesar de todo; bastaría que la viera para que este maldito amor me hiciera ver como cosa inocente la infamia que ha cometido. Me volvería sutil para perdonar. Ella me diría con ese aire de ingenua pasión: «Te amo, Ernesto, y lo que tanto te ha hecho sufrir fue una calumnia de tus sentidos». Y yo pensaría que realmente soy un calumniador. No, no quiero verla más.

¡Pobre Ernesto! No hay mayor infortunio que amar a una mujer a quien se desprecia. Una noche no fue a dormir a casa. Pensé que mi buen amigo había optado por creer que el alma de su novia continuaba inmaculada, a pesar de lo que había sucedido, y que al fin había regresado a leerle el periódico al ciego. —La cree un cisne, cuyas alas blancas y oleosas ni se mojan ni se manchan en el fango. ¡Bah!

¡Debilidades humanas! Probablemente mañana escribiré a Ivette que ya puede



regresar—. Mas no había sido así. Ernesto, antes que transigir con su amor, había optado por el medio más tonto, es cierto, pero el más sencillo y eficaz para extinguirlo: matarse. Se encerró una noche en una casa de huéspedes, tapó las rendijas de las puertas y ventanas, puso bastante carbón en la estufa e interrumpió el tiro de la chimenea. No le bastó eso, porque estaba resuelto a poner fin a su pasión y tomó una buena dosis de láudano y atropina; tampoco le satisfizo: quería morir del modo más dulce posible: colgó de la cabecera de la cama un embudo con algodones empapados en cloroformo; puso su aparato de modo que cada 15 ó 20 segundos cayera una gruesa gota en un lienzo que ató sobre sus narices; la absorción del líquido mortífero fue continua durante el sueño de Ernesto, ese sueño que era la primera página de la muerte... ¡Pobre Ernesto! ¡Qué uso tan triste hizo de la terapéutica estudiada en la facultad; qué aplicación tan extraña a la curación de las dolencias del alma! Su optimismo tan brutalmente herido, la honrada rectitud de su corazón, su idealismo sentimental le mataron

más que la lujuria hipócrita de su novia. Le enterramos en Montparnasse.

Seis años más tarde, supe que Suzón se había casado con un oficial francés, que fue después a San Petersburgo de agregado militar en la embajada. Un día que me engañó una mujer, se me agrió el espíritu y sin más razón que el deseo de vengarme en el sexo, escribí al esposo de Suzón una pequeña esquela en que decía lo siguiente:

«M. LOUIS HERBART

*San Petersburgo*

«Soy un antiguo conocido de usted y de su estimable esposa, y, en previsión de posibles desavenencias conyugales, me permito dedicarle un aforismo que, probablemente, no se le ocurrió a Claude Larcher al escribir su *Fisiología del amor moderno*. Helo aquí: “Los pilluelos son menos inofensivos de lo que parecen”. No consienta usted que madame Herbart acaricie más chicuelos que los propios. Madame Herbart sabe por qué doy a usted este consejo, que me lo inspiran los manes de

mi infortunado amigo Ernesto Rousselet. Créame afectísimo servidor de usted y de su esposa».

Ignoro si Mr. Herbart habrá recibido mi esquela.

FIN



<https://cuentosinfantiles.top>